Esta práctica se propagó, sobre todo, entre los anacoretas de los primeros siglos. Para no interrumpir el trabajo manual que se les tenía dispuesto, y que, además, era su único medio de vivir, aprendían de memoria ciertas oraciones, principalmente los salmos, y los repetían un número determinado de veces dentro del día. Respecto á los que no sabían leer, aprendían la oración dominical, ú otras fórmulas cortas y fáciles de retener; y al repetirlas en cada una de las horas fijadas por la Iglesia para la salmodia, se reunían de la única manera que les era posible en el oficio divino. Esta oración fué llamada por esta causa *psalterium Christi* (véase Alan. *Apolog. ad Henric. episc. Tornacen.*).

Paladio, discípulo de Evagro, refiere, entre otros hechos de este género, que el abad Pablo, que habitaba en el desierto de Scete, en monte Fermo, no trabajaba sino lo necesario para ganar su pan de cada día, y pasaba el resto del tiempo en oración, recitando las mismas fórmulas hasta trescientas veces, tributo cotidiano que pagaba fielmente á Dios, dice Sozomeno (*Hist. eccl.*, l. VI, c. 29.—Pallad. *Hist. Lausiac.*, c. XXIII).

II. Dada tal práctica, se comprende que era necesario un instrumento ó método mnemónico cualquiera, para contar estas oraciones. Además, para no olvidar ninguna de estas trescientas oraciones que se había impuesto, *trecentas preces expressas et præstitutas*, el mismo Pablo tenía en un paño de su vestido trescientas piedrecitas, *totidem habens in sinu calculos*, y cada vez que pronunciaba una de estas oraciones, tiraba una de estas piedrecitas, *et in unaquaque oratione jaciens unum calculum.* El griego ψηφίς, traducido aquí por *calculus*, designa propiamente esos pequeños cubos de piedra con los cuales se hacían antiguamente los mosáicos, y que hoy, por lo general se sustituyen con pastas de vidrio.

Si tal expediente era indispensable al santo anacoreta para auxiliar su memoria, todavía lo necesitaba más aquella virgen que, según el testimonio de San Macario (Pallad., c. XXIV), recitaba setecientas veces cada día la misma oración. Y el mismo San Macario, si bien no repetía la suya sino cien veces, porque trabajaba siempre orando, no habría podido cumplir exactamente este oficio sin el auxilio de un medio material y sensible.

La práctica de que acabamos de dar algunos ejemplos, se hizo vulgar, no sólo entre los solitarios, sino también entre los simples fieles.

III. Muy difícil sería determinar en qué época se introdujo el uso de las coronas ó rosarios propiamente dichos, que se componen de cierto número de cuentas perforadas y atravesadas por un hilo ó cordón. Los datos que poseemos en la materia no se remontan más allá de los primeros años del siglo IX. En el canon X. del Concilio de Celchyt, en Inglaterra, celebrado en 816, se hace mención de un objeto llamado *beltidum*, que Spelman creyó ser el rosario ó corona (Spelm. *Ad concil. Brit. gloss.*, t. I, pág. 171). Al tratar de las oraciones que debían hacerse á la muerte de un obispo, dice este canon que «cada obispo ó abad recitará sesenta salmos, celebrará ciento veinte misas y dirá en alta voz un *beltidum* de *Pater noster* (véase Mabillon. *Præf. ad sec.* V. *Benedict.*, n. 125). Vemos que no se trata aquí sino del *Pater noster*, que debe recitarse cierto número de veces, según los alcances del instrumento en cuestión, y no de la salutación angélica, cuya fórmula definitiva no fué acordada hasta el siglo XI (Mabillon, ibíd.).

Pero que este *beltidum* corresponde al objeto que hoy llamamos rosario, es lo que nos parece imposible comprobar. El canonista inglés, para defender su opinión ha recurrido á la etimología, y quiere que esta palabra venga del sajón *belt*, que significa *cingulum*, «cinturón, corona». Du Cange (ad voc. *Beltis*) rechaza esta interpretación y asegura que el rosario (la palabra y la cosa) es posterior en varios siglos.

Difícil sería negar, sin embargo, que la palabra *beltidum* designa un instrumento destinado á contar las oraciones, y está probado que era de muy frecuente uso en el siglo XI. En esta época, en efecto, los grandes señores tenían estos *beltida*, cuyas cuentas, eran no de boj, sino de piedras preciosas. Guillermo de Malmesbury (lib. IV, c. 4. *De pontif.*) refiere que Godeba, mujer del conde Leofric, fundador del monasterio de Coventri (1040), y que se distinguía por una gran devoción á la Santa Virgen, en el momento de su muerte suspendió al cuello de una imagen de María el círculo de piedras preciosas, *circulum gemmarum*, que ella había ensartado en un cordón y que tenía costumbre de ir corriendo con sus dedos, al recitar una oración, tocando cada cuenta, á fin de que no resultara omitida, *ut in singularum contactu, singulas orationes incipiens, numerum non prætermitteret.* Las gemas que formaban esta corona estaban apreciadas en cien marcos de plata, al decir de Mabillon (*Ann. Benedict.*, lib. LVIII, n. 69).

En un curioso cuadro pintado, según las apariencias, hacia el principio del mismo siglo, y que representa los funerales de San Efrén (véase Bottari, t. III, *in init.*), se ven unos monjes que llevan rosarios en la mano ó colgados á su cintura (véase el grabado de nuestro artículo *Ermitaños*).

Si creemos al cardenal Alano, arzobispo de Malinas en el siglo XVI, el uso de estas coronas existía ya en tiempo de Beda, en el siglo VII: se suspendían de los muros de las iglesias de Inglaterra, para el servicio del público (Alano, *loc. laud.*).

ROSAS.—Véase el artículo *Flores*.

S.

SACERDOTES.—Los que ocupaban el segundo grado de la jerarquía eclesiástica fueron, desde el principio, llamados entre los Griegos πρεσβυτεροι, lo que equivale á *seniores*, «ancianos», no tanto por su edad como por su cordura, su sabiduría y su doctrina; la Iglesia latina, para designarlos, adoptó también el nombre de *presbyteri*. Decimos *desde el principio*, porque en la parte más antigua del hipogeo de Lucina se ha encontrado un fragmento de inscripción griega, que enuncia en abreviatura este título eclesiástico, ΠΡ (πρεσβυτερος): lo que prueba que esta palabra estaba ya tan arraigada en los usos de la epigrafía en el siglo II, que bastaba designarla con estas solas cifras, ΠΡ (véase De'Rossi. *Roma sott.*, t. I, pág. 342). Se les llamó también *sacerdotes*, por las cosas sagradas, *a sacris*, en que están llamados á ocuparse.

I. El primer oficio del sacerdote es el de *ofrecer* el sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo. El epitafio de un sacerdote llamado Marino, hallado en San Gervasio, hace mención del cargo sacerdotal de distribuir la Sagrada Eucaristía á los fieles, y elogia á dicho sacerdote por su asiduidad en desempeñarlo. (Véase Le Blant. *Inscr. chrét. de la Gaule*, t. II, pág. 90):

HOC IACET IN TVMVLO SACRA QVI MYSTI
CA SEMPER DIVISIT POPVLIS PIETATE
HONORE DECORVS
QVEM NEMVS AELYSIVM MARINUM
CONCLAMAT OMNE

Hay aquí una expresión que podrá causar alguna sorpresa: tal es el *nemus Ælysium*, «el bosque Elíseo», tomado del estilo mitológico para designar la mansión de los escogidos. Pero, como hace observar el sabio editor, no es ésta la vez primera que se hace mención de los Campos Elíseos en los textos y en los monumentos cristianos: tenemos de ello notabilísimo ejemplo en el cementerio de los Haliscamps (Campos Elíseos) en Arlés. Se sabe que en la antigüedad cristiana, y muy particularmente en las inscripciones funerarias, el Paraíso se asemeja con frecuencia á un jardín lleno de árboles y de flores, lo que no desdice mucho del NEMVS ÆLYSIVM de la inscripción de San Gervasio (véase nuestro artículo *Paraíso*), *viridarium arbores habens rosæ*, leemos en las actas de Santa Perpetua. El segundo oficio del sacerdote es el de *bendecir*. Por eso San Efrén dice en cierto lugar (*Serm. de timore Dei*): «Honra á los sacerdotes, para que la bendición de su boca descienda sobre ti». San Antonio se inclinaba ante los sacerdotes como ante los obispos, para recibir su bendición. El tercer cargo del sacerdote es el de *presidir* las asambleas cristianas en ausencia del obispo, debiendo ocupar, cuando éste está presente, el primer puesto después de él. El cuarto es el de *predicar*, pero sólo en virtud de delegación del obispo, que es el primero y esencial ministro de la palabra divina; por eso en la ceremonia de la consagración del obispo se coloca sobre sus hombros el libro de los Evangelios (véase el artículo *Predicación*). El quinto oficio del sacerdote es el de *bautizar*, cuya facultad implica la de administrar aquellos otros sacramentos que no están reservados al obispo.

El sacerdote tenía el derecho de sentarse en la iglesia con el obispo, lo que estaba prohibido al diácono, con la diferencia, sin embargo, de que el obispo ocupaba un sitio elevado llamado *thronus celsus*, mientras que el del sacerdote se llamaba *trhonus secundus* (véase el artículo *Cátedra*). Los sacerdotes se colocaban en semicírculo á los lados del prelado; por eso las *Constituciones apostólicas* (lib. II, cap. 3) les dan los nombres colectivos de *spiritualis corona*, *circuli presbyterii*, *corona Ecclesiæ*. En las capillas é iglesias de las catacumbas, se ven aún los asientos de los sacerdotes, así como la cátedra episcopal, tallados en piedra en el fondo del ábside (véase Marchi. *Monum. delle art. crist.*, tav. XXXVI), y la misma disposición se observa en todas las antiguas basílicas de Roma, en la de San Ambrosio de Milán, y muy especialmente en la de Nola, la que, respecto á este particular, se conserva hoy tal cual la hizo construir San Paulino. En las ordenaciones, tenían el derecho de imponer las manos á los nuevos sacerdotes (*Concil. Carthag.*, IV), y numerosos monumentos del siglo IV y siguientes prueban que se sentaban en segunda línea en los concilios provinciales, y que suscribían sus definiciones después de los obispos.

La corporación de los sacerdotes asignados á cada iglesia llamábase entre los Latinos *presbyterium*, y entre los Griegos se designaba con el nombre equivalente, πρεσβυτέρον, y también συνέδριον τοῦ πρεσβυτέριον, «asamblea de presbíteros», *senatus Ecclesiæ*, *senatus Christi*, *consiliarii episcopi*, *consilium Ecclesiæ*. Desde los primeros siglos hasta el V, los sacerdotes y los diáconos no formaban con el obispo más que un cuerpo; ellos constituían su senado, y, sirviéndonos de la expresión del Papa Siricio

(*Epist.* II.—Felic. PP. *Epist.* IV), regían, de acuerdo con él, «el trono apostólico». Por consiguiente, estaba prohibido al obispo conferir las santas órdenes sin su consentimiento, así como entender en las causas y hacer justicia sin su intervención. Más aún, el obispo no debía, sin el consejo de presbíteros, tratar los negocios relativos á la disciplina y al patrimonio de la Iglesia (*Concil. Carthag.*, IV, 22, 23. — Greg. Turon., *dial.* II. *De mirac. S. Martini.* — *Concil. Turon.*, II, 7.— *Tolet.*, VI). Sucedía también que, cuando moría el obispo ó se alejaba de su diócesis, el consejo de presbíteros hacía sus veces, absteniéndose, sin embargo, de tratar los asuntos de mayor importancia (*Epist. cler. Rom. ap. Cyprian. Epist.* V et XXXI), y sobre todo de conferir las órdenes (S. Ignat. *Epist. ad Antioch.* — Cyprian. *Epist.* X). En la Edad Media, el Consejo de presbíteros tomó el nombre de Capítulo.

En cuanto á la edad requerida para ser admitido al orden sacerdotal, parece que no estuvo determinada durante los primeros siglos, á excepción del decreto del Papa Siricio, en que prescribía que cuando un clérigo había sido admitido al diaconado á la edad de treinta años, no podía ser ordenado de presbítero hasta cinco años después, es decir, á los treinta y cinco. Justiniano prohibió, respecto al Oriente, que el diácono fuese elevado al presbiterado antes de los treinta y cinco años; pero en Occidente se admitió el ordenarlos á los treinta, tanto en las Galias como en España y en Germania (véase Pelliccia. *De Eccl. polit.*, t. I, pág. 58), á menos que la necesidad hiciese infringir la regla.

Tan luego como el obispo había tomado los informes necesarios acerca de las costumbres y edad de los diáconos, y el pueblo se había adherido á su ordenación, eran promovidos al orden sacerdotal. La ordenación del sacerdote era antiguamente sencilla y breve en la Iglesia oriental como en la occidental; se reducía á lo siguiente: el obispo, en unión de los sacerdotes de su Iglesia, imponía las manos al *ordenando*, recitando las oraciones *ad hoc* (1 *Tim.*—*Const. apost.*, l. VIII, c. 16.— *Concil. Carthag.*, IV, 3. —Hieron. *In Is.*, c. LVIII). Desde el siglo VI, á la imposición de las manos y á la oración, se agregó la unción de las manos en las Iglesias de las Galias, de España y de Africa; pero esta ceremonia no fué adoptada hasta el siglo IX por la Iglesia romana y por las otras Iglesias latinas (Nicol. PP. *In respons. ad Rodulf. archiep. Biturig.*—Cf. Pelliccia, I, 59). Las Iglesias de Oriente permanecieron siempre extrañas á esa ceremonia, ateniéndose á la antigua disciplina. Las demás ceremonias, la entrega de los vasos, por ejemplo, no se remontan más allá del siglo X.

II. Los grandes colectores de inscripciones nos han conservado un número considerable de epitafios antiguos, en los que se hace mención de la dignidad sacerdotal. Sólo el hipogeo de Lucina nos ha suministrado tres, de los que el menos antiguo es un Máximo que, según toda probabilidad, es el que fué confesor de la fe en 250 (véase De'Rossi, *loc. cit.*). Hace pocos años se encontró en el cementerio de Calixto la inscripción de un sacerdote llamado Dionisio, que se cree murió hacia la mitad del siglo III; era al mismo tiempo médico, y probablemente griego: ΔΙΟΝ ΥϹΙΟΥ ‖ ΙΑΤΡΟΥ ‖ ΠΡΕϹΒ ΥΤΕΡΟ (véase el artículo *Profesiones ejercidas por los cristianos*). Este es un hecho que conviene comprobar, porque se comprende de cuánta importancia era la profesión de la medicina en los primeros siglos, como lo es hoy entre nuestros misioneros. Y en efecto, los documentos antiguos hacen mención de cierto número de diáconos, sacerdotes y aun obispos que ejercieron este arte saludable. Cancellieri enumera varios de ellos en el catálogo que ha formado de los médicos santos, en la serie de sus *Memorie di S. Medico martire* (Roma, 1812). Acerca de esto puede consultarse también á Lami (*De eruditione apostolorum*, pág. 538).

Reproducimos, según Marini (*Papiri diplom.*, página 301), otro epitafio, que debe datar aproximadamente del tiempo del Papa Dámaso, á juzgar por los caracteres, que están conformes con aquellos á que este Pontífice ha unido su nombre, y que, entre otras cosas, ofrece el particular interés de ser el primer monumento que atestigua la existencia de los *mansionarii* (véase esta palabra): *Locus* FAVSTINI QVEM COM ‖ PARAVIT A IVLIO ‖ MANSIONARIO SVB ‖ CONSCIENTIA PRES ‖ BYTERI MARCIANI. «Faustino había comprado este lugar para su sepultura, del *mansionarius* Juliano, bajo la conciencia (para garantía, sin duda) del presbítero Marciano.»

He aquí una inscripción métrica del año 381 que tomamos de la colección de M. De'Rossi: PRAESBYTER HIC SITVS EST CELERINVS NOMINE DIC*tus* ‖ CORPOREOS RVMPENS NEXVS QVI GAVDET IN ASTRIS ‖ DEP VIII KAL IVN FL SYAGRIO ET EVGERIO: «Aquí reposa un presbítero, llamado Celerino; libre de los lazos del cuerpo, goza ahora en los astros.....» Esta obra ha sido publicada por Maffei (*Mus. Veron.*, pág. 279, n. 9): LOCVS MAXIMI PRESBYTERI. El epitafio de dos esposos cristianos, Alexio y Capriola, nos da á conocer los nombres de los sacerdotes Arquelao y Dulcicio, con cuya autorización aquellos fieles se habían preparado su sepultura en vida: ALEXIVS ET CAPRIOLA FECERVNT SE VIVI ‖ IVSSV ARCHELAI ET DVLCITII PRESBB (Perret, V, LXXV, n. 1). El epitafio de un presbítero llamado Benegesto fué hallado en un antiguo cementerio, cerca de Velletri (Amaduzzi. *Anecdoct. litt. Rom.*, t. II, página 484): VENEGESTVS (por *Benegestus*) PREVITER ‖ (por *presbyter*) IN PACAE (*sic*) DOM*ini* DORMIT. La colección de los canónigos de

Santa Genoveva de Lión, ha suministrado al museo lapidario de esta ciudad el epitafio de un presbítero llamado Romano, que copiamos aquí según M. de Boissieu (*Inscr. de Lyon.*, página 580), por dos circunstancias interesantes: la primera, porque la fórmula IN PACE, que está precedida de la palabra VIXIT, viene á atestiguar la ortodoxia de ese presbítero (véase el artículo *In pace*); es la segunda, el vaso grabado por debajo del *titulus*, símbolo muy común, como se sabe, sobre los mármoles cristianos (véase el artículo *Vasos en las tumbas*), pero que nos parece ser aquí el símbolo de la profesión de Romano.

He aquí esta inscripción, con toda la barbarie de su ortografía: IN HOC TVMOLO ‖ REQVIISCIT BONAE ‖ MEMORIAE ROMANVS ‖ PRESBYTER QVI VIXIT ‖ IN PACE ANNIS LXIII ‖ OBIIT NONVM K FEB ‖ RARIAS. Se encontrarán otros epitafios de presbíteros, ó que hacen mención de ellos, en Gruter (MLIV, 25), en Reinesio (*Class.*, XX, passim.), etc. Terminaremos este artículo con el epitafio métrico de un sacerdote llamado Sisinio, atribuído al Papa Dámaso, y que es al menos de un poeta de su escuela (*Patrolog.* Migne., t. XIII, col. 1218):

PRESBITER HIC VOLVIT SISINNIVS PONERE MEMBRA
OMNIBVS ACCEPTVS POPVLIS DIGNVSQVE SACERDOS
QVI SCIRET SANCTAE SERVARE FOEDERA MATRIS
BLANDVS AMORE DEI SEMPER QVI VIVERE NOSSET
CONTENTVSQVE SVO NESCIRET PRINCIPIS AVLAM.

«El presbítero Sisinio quiso depositar aquí sus miembros;—Amado de todo el pueblo, sacerdote verdaderamente digno—Que supo guardar sus respetos para con la Santa Madre (la Iglesia).—El amor de Dios brilló siempre en su vida;—Contento con su posición, jamás conoció el palacio del príncipe.»

SACRAMENTARIO.—Véase el artículo *Libros litúrgicos.*

SAMARITANA.—Muy rara vez reproducen los monumentos de las catacumbas este interesante asunto. No conocemos de él más que cuatro ejemplos, dos bajos relieves de sarcófagos y dos frescos. Debemos hacer desde luego una observación general, cual es la de que en esas diversas representaciones Nuestro Señor está siempre de pie, aunque San Juan, único evangelista que narra esta historia (Joan., IV, 5), dice que el Salvador estaba sentado para descansar de las fatigas del camino.

La composición de las dos esculturas es casi idéntica. En una y otra hay un pozo, semejante á un vaso estrechado hacia su boca, y sobre dos soportes verticales, una polea en forma de rueca, forma, según parece, usada en la antigüedad, porque se encuentra, así como los demás detalles del asunto, en un sarcófago de Verona (Maffei. *Verona illustr.*, part. III, pág. 54). Nuestro Señor indica con la mano el pozo ó el cubo suspendido, y parece decir como en el Evangelio: *Da mihi bibere* (Joan., IV, 7). Uno de los dos relieves (Bottari, tav. XXIII) presenta á la Samaritana vestida con túnica y *pallium*: tal era el vestido de los hombres, según Tertuliano (*De pallio*, c. I), y el de las mujeres de baja condición, según testimonio de San Jerónimo (*Epist.* VI. *Ad Demetriad.*). Tiene la cabeza desnuda, ceñida sólo por una cinta, lo que indica mundanalidad (Tertul. *De Virg. veland.*, VII). En el segundo sarcófago (Bott., CXXXVII), su cabeza

está cubierta con una especie de cofia. Conviene observar aquí que á los pies del Salvador el artista figuró algunos libros atados juntos, para indicar, sin duda, la celestial doctrina que él anunciaba á aquella mujer bajo la alegoría del agua. El grabado que precede, y que representa el tipo más ordinario, se ha sacado de un sarcófago del cementerio de Santa Inés (véase Bottari, tav. CXXXVII).

Un fresco del cementerio de Calixto (ídem, LXVI) representa á la Samaritana sola: lleva una túnica corta de anchas mangas y adornada por delante con dos franjas de púrpura. El pozo no tiene polea. En fin, el último monumento que debemos mencionar, una pintura publicada la primera vez por M. Perret (t. I, pl. LXXXI), ofrece una diferencia bastante notable. La Samaritana, cuya figura revela nobleza y dignidad, vestida con una túnica larga y flotante, no se ve, como anteriormente, en el momento de sacar el agua, sino que la presenta al Salvador en una taza, y Nuestro Señor, elevando la cabeza y la mano en inspirada actitud, parece dirigir á aquella mujer estas hermosas palabras: *Si scires donum Dei*, «si supieses el don de Dios» (Joan., IV, 10).

SANDALIAS DE LOS OBISPOS.—Véase el artículo *Obispos*, IV, 2.

SANGRE DE LOS MARTIRES. — I. De todos es conocida la veneración de los primeros cristianos para con la sangre de los mártires. Esa sangre era á sus ojos la gloria más pura de la Iglesia, ella marcaba con el sello de la santidad la tierra por donde corría: «Tú